

CUENTOS *de maestros*



PERÚ

Elisa Linares Pérez

Angel Godofredo Linares Pérez

Milagros Del carmen Julca Campos



CUENTOS

de maestros

Elisa Linares Pérez

Angel Godofredo Linares Pérez

Milagros Del carmen Julca Campos

Chiclayo 2022

CUENTOS DE MAESTROS

1a. edición – Agosto 2022

Autor-Editor

Milagros Del Carmen Julca Campos.

Dirección: Calle Santa Lucía Mz3 Lote H. Urb. La Purísima- Chiclayo

E-mail: teacherjulca29@gmail.com

Cel. 954115551

Chiclayo- Perú

Autores:

Elisa Linares Pérez

Angel Godofredo Linares Pérez

Depósito Legal N°

Imagen de portada: Diseño Canvas- Milagros Del C. Julca Campos

Ilustraciones interiores: Fotos propias e imágenes de internet.

Corrección de textos y diagramación: Elisa Linares Pérez.

Prohibida la reproducción total o parcial sin previa autorización de los autores.

Índice

El Oso	6
El cólera nos matará	11
La balsa que naufragó	17
La llorona	22

Presentación

El Perú es diverso por excelencia, por ejemplo, Cajamarca en su vasta extensión tiene muchas etnias descendientes de pueblos precolombinos como los huambisas en la zona de Huambos-Chota, aguaju en la zona de Huarango-San Ignacio; los bracamoros en Jaén; etc. Y a su vez, estos lugares han recibido migraciones de otros pueblos del mismo Cajamarca como también de Lambayeque y Piura generando como consecuencia la fusión de creencias, costumbres, formas de trabajo y del habla entre nativos y provincianos como los llaman allá. Esto hace que las poblaciones en estos lugares guarden una riqueza cultural inmensa: mitos, leyendas, historias inéditas y un sinnúmero de paisajes y costumbres por describir que resultan siendo fuente inagotable de inspiración para propios y extraños.

Los maestros que tenemos la oportunidad de llegar a ser parte de estas comunidades por las razones propias de la función docente nos confundimos entre ellos, por la formación profesional se nos es muy fácil adaptarnos a la vida de las comunidades en el lugar que nos toca cumplir el rol de maestros llegando a experimentar las vivencias en toda su magnitud y desde el corazón de las comunidades.

En adelante cuatro relatos: El oso, es un mito de los pueblos aguaju que habitan en la ceja de selva de San Ignacio; La balsa que naufragó, es un acontecimiento real ocurrido en Puerto Cirhuelo de Huarango; El cólera nos matará, es una historia real de la jurisdicción de Querocotillo, y la llorona es un mito andino de la zona quechua de Cajamarca. Estas son solo unas muestras de los relatos populares que se riegan entre la gente a través de la tradición oral.

Con el seso que sean relatos del agrado de nuestros lectores hacemos el compromiso de seguir publicando estas historias que estamos seguros revivirá la añoranza por la tierra natal y para otros, avivará la inquietud de conocer estos lugares.

Los autores.

El oso



El bullicio de los pájaros anuncia la llegada de los primeros rayos de luz del día, Teodosio se levanta presuroso para vestirse y protegerse con las botas, coge su machete, abre la puerta y desde afuera dice en voz alta - Justina, ¡apúrate! Mientras espera, revisa con la vista la finca de café cuyas plantas llegan hasta el corredor de la casa, la lozanía de sus plantas se extiende como una manta verde que cubre hasta el lindero de su parcela, el cielo estaba nublado y cristalinas gotas se deslizan por las hojas de café que se estrellan en el suelo alcanzándole a mojar las botas con pequeñas gotas que rebotan. Sale Justina cubriéndose con una chompa y colgando en la mano dos baldes porque debería ordeñar las vacas. Teodosio sale a paso largo encaminándose por el estrecho sendero cubierto de ramas de arbustos mojados mientras su esposa lo sigue luego de una subida empinada se puede divisar el bosque inmenso al oriente con nubes que se despegan de gigantesca alfombra verde y se van elevando para despejar el cielo y dejar que los rayos del sol calienten la mañana, avanzando por este lado se tiene que cruzar un bosque de árboles enormes que hay a cada lado de la quebrada, a medida que avanzaban la esposa planeaba algunas cosas y decía, hay que recoger a la vaca pinta cerca de la casa porque ya va a parir, aquí en la montaña podría comer el león al becerrito... de regreso lo llevamos, contesta Teodosio, hay que avanzar ...mientras tú ordeñas las dos vacas yo doy pasto a todos los animales. De pronto todo se quedó silencio, solo el canto de algunas aves se oye a lo lejos y el bullicio eterno de la quebrada; presuroso voltea para echar de menos a su mujer, pero no ve nada. Justina! Justina! ... se queda quieto unos segundos, habrá entrado al monte a orinar? ...pero me respondiera, regresa un trecho y ve huellas como que alguien salió del camino y se enrumboó cuesta abajo con dirección a la quebrada, con su habilidad de cazador empieza a rastrear para saber que está ocurriendo, más huellas y vestigios, pero ninguna respuesta, Justina había desaparecido dejando los baldes tirados en el camino. ¡De pronto algo vino a su mente y se detuvo llevando las manos a la cabeza y tapándose los oídos con las palmas de sus manos, elevó su grito al cielo: Nooo! el ooosoooooooo... Justinaaaaaaaaaaaaaa!!! El eco de su grito resonó entre el bosque y los cerros que repitieron en cadena su voz. Ya no le quedaba duda, había oído tantas historias del oso, pero siempre creyó que eran solo historias de los mayores y que no pasarían en la realidad, a pesar de

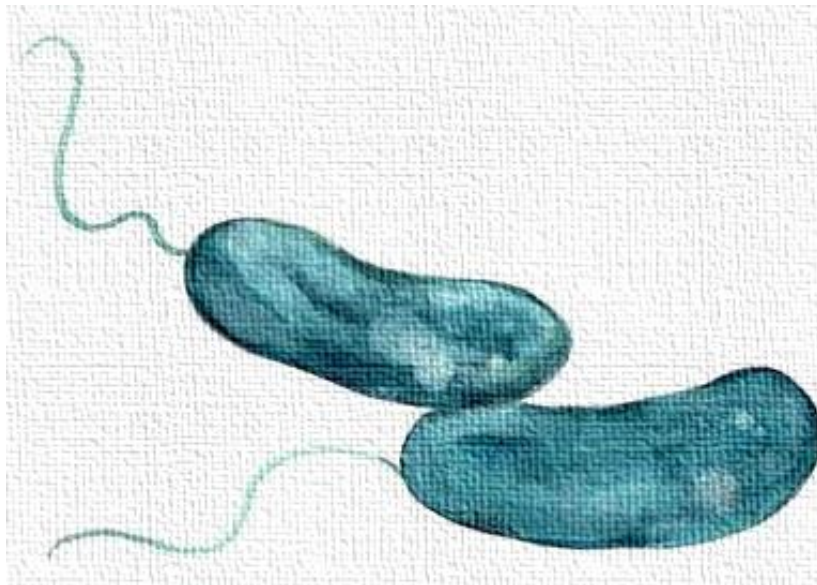
que con frecuencia encontraban osos por ese lado de la montaña, eran los llamados osos de anteojos que habitan por esta parte de ceja de selva por la abundancia de vegetación en clima tropical. Recordó también que las historias decían que los osos son muy fuertes, resistentes y que no podría vencerlo un hombre si lo reta, a lo único que tiene miedo el oso es ver a un hombre con arma. Esto hizo a Teodosio que reflexione y entienda que si lo sigue no podría vencer al oso aunque lo encuentre por lo que optó por regresar a casa, pedir ayuda a sus vecinos y llevar la escopeta. El regreso a casa lo hizo volando, la idea de que su mujer estaba en poder del oso lo hacía que se le viera pasar por el camino como el viento por trechos acortando camino y en las pendientes hasta rodando, ya había pasado más de una hora desde que se desapareció, llamó a sus vecinos entre ellos don Cata, un campesino robusto en compañía del viejo Taype, cazador con experiencia, emprendieron camino al rescate... don Taype decía que hace tiempo escuchó que había pasado algo similar, el instinto reproductor del oso afina su olfato y percibe a la distancia cuando una fémina está en luna, eso aviva los impulsos del animal y se pone al asecho, seguro que un oso en ese estado fue el que raptó a Justina. Llegado al lugar, Teodosio agitado explica a sus acompañantes, aquí estaba yo, allá encontré la huella, ahí están los baldes y por ahí parece que lo habría llevado, hay que apurarnos replica Cata, ya debe haber avanzado por la quebrada, el viejo Taype orienta... ustedes van detrás mío, todos en silencio, cuando escuchemos ruido nos detenemos. El robusto Teodosio estaba pálido y desencajado, de puro hombre no lloraba, pero sabía que echándose a llorar no encontraría a su querida Justina, como una ilusión le aparecía la imagen de la carita trigueña que siempre se la veía hermosa y sus pasos ligeros que con habilidad ordeñaba las vacas todos los días, preparaba la comida y le llevaba el almuerzo a la chacra, además de alistar a los tres hijos que van a la escuela y cuidar a los dos chiquitos que quedan en la casa. Eso le da ánimo como para seguir y las fuerzas como para vencer a un oso salvaje si lo encontraría. ¡Cuando se aproximaban a la quebrada ya la noche se les venía encima, el ojo agudo del viejo Taype logra divisar a la distancia en el otro lado de la quebrada debajo de la colina y grita... el oso! apuntando con el dedo, los tres trasladan la mirada hasta allá y los tres pueden ver un enorme oso que parado en dos patas se golpeaba el pecho con ambas manos mientras lanzaba un aterrado rugido, y Justina, hay Dios y Justina... imposible avanzar se oscureció, Taype sabe que el oso tampoco avanzará en la oscuridad, había que detenerse todos en silencio hasta que el día siguiente de señales de luz.

Así fue, antes de que amaneciera caminaron sigilosamente con dirección a donde divisaron a la fiera, cruzaron la quebrada casi ni sintieron la frialdad del agua Teodosio cargaba la escopeta, don Cata llevaba el machete en la mano y el viejo Taype caminaba apoyándose en un palo que llevaba como bastón, creyeron encontrarían al oso todavía durmiendo pero nada, al llegar al lugar la huella de donde se habría acostado ya estaba fría, señal que salió hacia rato, la sensación de derrota recorre por todo el cuerpo, nos adelantó dice Teodosio, hay que regresar a la quebrada ordena Taype, hacia arriba no podrá subir porque si sale del bosque lo podremos ver y disparar desde lejos, va caminar oculto entre los árboles siguiendo el cauce de la quebrada. El oso va sigiloso porque advirtió que le están siguiendo, mientras la minuciosidad del cazador permite buscar rastros y un trecho más allá ve huellas de patas del oso dibujadas en la tierra a la orilla de la quebrada porque habría entrado a tomar agua, señal de que el oso estaba muy cerca porque los rastros aun no secaban eso les anima aunque el oso también les estaría mirando ocultándose entre los enormes troncos y ramaje, sin darse cuenta se terminaba otro día, con hambre y cansancio pero no podían darse por vencidos el oso tenía a Justina, Teodosio no acepta la idea de quedarse sin su mujer, quien cuidaría a sus hijos, No!- dijo Cata, hoy descansamos, pero mañana seguiremos hasta que lo encontremos porque si lo dejamos nadie está libre de que también le robe su mujer.

Muy de madrugada del tercer día empezaron a avanzar muy lento mirando uno para un lado otro para el otro con Taype adelante porque podrían ser atacados por el oso enfurecido y dando señales de no desprenderse de la mujer, de pronto... ¡Ahí está! - exclama Taype, dispara! Nervioso y desesperado Teodosio hace el disparo, pero claro, estaba ansioso, nervioso, en esas circunstancias le falló la puntería. Un trecho más allá ya con la luz del sol encuentra a Justina, desmayada, con la ropa hecha harapos se le notaba escuálida, deshidratada, corre Teodosio se tira de rodillas al suelo y lo abraza, Justina, Justina... agüita, tráiganle agüita en una hoja, le hacen beber unas gotas de agua y la vuelve recostar encima de las hojas secas hasta que recupere el sentido. Por un momento se olvidaron del oso, de pronto reaccionan... hay que matar al oso dice Teodosio. Toma la escopeta y corre para un lado, para otro lado, mira toda la vuelta jurando que mataría al oso en ese instante; el rugido del oso vuelve a resonar, ya estaba lejos. Al sentir el disparo

el oso habría dejado a la mujer y huyó dejando a los campesinos impotentes. Ya en casa, al ver que hacían llegar a Justina cargando era inevitable la pregunta de los niños ¿Qué tuvo mi mamá? ¿Qué le hizo el oso mamita? Las mujeres comentaban haciéndose preguntas ¿Para qué querrá llevar el oso mujer?... Justina nunca habló de lo que le hizo el oso, pero las mujeres viven inquietas sabiendo que el oso sigue vivo. Seguramente los niños contarán en otros tiempos la historia del oso.

El cólera nos matará



Eran los días de mayo, tiempos de choclos, verduras y frutas, la mejor época del año por la abundante comida y el verdor del de los campos que hacen frescos los amaneceres, tardes con paisajes dignos de acuarela cuando la pradera se pinta de dos colores separados por las siluetas de los andes que ataja la luz del sol en ocaso.

La radio, el único medio de comunicación que permite estar al tanto de lo que pasa al otro lado de las lomas y otros lugares del mundo, se oía en las noticias que una enfermedad llamada “Cólera” estaba quitando la vida a muchas personas: niños, jóvenes, adultos, mayores y con agudas formas de contagio que como la sombra del sol se va extendiendo por los extensos valles, laderas y quebradas apagando la vida de sus pobladores más rápido que lo que se apaga una vela. En las noticias también se daban las recomendaciones para evitar contagiarse de esta bacteria advirtiendo que sus efectos eran letales, causaba una diarrea estrujante que además provoca náuseas y consecuentemente fuertes cólicos que termina acalambando y dejando en la inconciencia en pocas horas por la deshidratación y los dolores. Corrían los años noventa y como es en la actualidad, también era en antaño, la mayor preocupación de un maestro son sus niños, aquellos niños de escuelita rural que poco entendían de los riesgos y reflejaban en sus caritas inocentes el anhelo de vivir y seguir cultivando la tierra para mantenerla verde y fecunda; tanta preocupación por lo que pasaría si esa enfermedad llegara a estos lugares, no hay posta médica, don Leo, el Sanitario del distrito de Querocotillo estaba en el pueblo y para llegar allá son cinco horas de camino a pie, no hay medicinas porque cuando se enferman por algo pasajero, solo les dan yerbas y unas pastillas que se puede encontrar en la bodeguita de don Juan Castillo. De llegar El Cólera, será catastrófico eran los vaticinios de los lugareños, por lo que obligaba a hacer algo con urgencia... hay que reunirse... un papelito al teniente, al presidente de rondas, al agente municipal; ¿Qué hacer? ¡A Cutervo! ...es la exclamación unánime, tal vez allá nos den apoyo. Un viaje a Cutervo significa tres días de tiempo porque el camino de ida demora ocho horas más un día en Cutervo para los tramites, pero vaya Usted profe porque nadie tiene plata del rato para viajar, usted si puede profe, usted se presenta con las autoridades... de repente llega un campesino que venia del pueblo vecino, es inevitable notar la cara de espanto y miedo que traía... pausado relata, en la banda hay un duelo, dicen que la señora tuvo una pasadera en la noche que para la mañana amaneció tiesa y no pudieron hacer nada porque aunque amaneció vivita todavía ya no pasaba trago de agua ni remedio alguno. Llegando a

casa comentando lo que se va hacer, ya sabían que fue al velorio doña Santos, una vecina quien ignorando los riesgos había ido porque era su comadre y dicen que ya está enferma.

Por la mañana, antes del amanecer emprendí viaje, como siempre había que llevar fiambre porque en el camino no hay comida, mi madre siempre que había que viajar se levantaba a eso de las cuatro, al canto del gallo, preparaba desayuno y amarraba el fiambre en un mantelito blanco, en tiempo de choclos el fiambre de humitas fritas era tentador que no había que esperar la mitad del camino. Como se llega ya muy tarde a Cutervo nadie nos atendería, aunque impaciente no queda otra cosa que esperar la mañana.

Acostumbrados a levantarse con el despertar del alba, resulta desesperante esperar hasta que abran las oficinas, era la Gerencia Subregional... necesito hablar con el gerente, es un asunto de urgencia... la insistencia es tan persistente que piden explique de qué se trata... el cólera llegó, ¡nos va a matar a muchos! Como ya estaban tratando enfermos en diferentes lugares se esmeraron en calmarme, ese mal tiene cura y es fácil, aquí hay medicina: sueros para rehidratar, suero en la vena y a chorro, tetraciclina por tres días para matar la bacteria y eso es todo, claro que para evitar el contagio hay que lavarse las manos antes de comer y tomar solo agua hervida. ¿Y cómo haremos para que pongan el suero? Contigo irá un técnico de enfermería por quince días. Vi que eran muy pocas las capsulas que nos dieron, acudí a un médico que conocía de IPSS, él me dijo que presentara un documento para atenderme con 200 capsulas más. Con eso emprendimos viaje de regreso acompañado por el técnico enfermero, ambos jóvenes nos entendíamos; pudimos llevar las capsulas y unos pocos litros del suero por el peso, había que enviar a alguien con dos acémilas para llevar las bolsas de suero, hablaremos con Rudecindo, es el mejor arriero para asegurarse de que llegue todo conforme, eran tiempos de lluvia y el camino es por partes fangoso y en otras escabroso, pero con un buen arriero todo llegará conforme. Llegamos de regreso caída la tarde, para esa hora ya había muerto doña Santos y dos niños, el entierro de los cuerpiitos fueron uno tras de otro, la gente ya no trabajaba había que enterrar a los muertos.



No nos dieron tregua, empezaron a llegar los enfermos, en la casita que se utilizaría para atender estaba junto a la escuela, se improvisaron dos camas poniendo un poncho grueso sobre el suelo en vez de colchón y el suero se colgaba en estaquitas prendidas entre los adobes de las paredes, paso a paso iba explicándome conforme administraba el suero: cómo buscar la vena, en el brazo izquierdo, sino se puede en el derecho, si no se puede volteando la mano haciendo puño y si la situación es muy grave se busca la vena en la frente porque cuando ya están inconscientes se pone muy rígido el cuerpo pero hay que colocar suero lo más pronto que se pueda para hacer que recobre la conciencia y por consiguiente la movilidad del cuerpo para que pueda tomar el antibiótico, claro que después de esto la recuperación era muy rápida. Se atendieron cuanto enfermo llegó no solo del lugar sino también de los caseríos vecinos. Los quince días pasaron volando yo atendía a mis niños, pero por las mañanas, a la hora del recreo, por la tarde y hasta la noche estaba ayudando al técnico, ya no murió nadie más.

Pasados los quince días, de nuevo la preocupación ¿Y ahora, ¿qué hacer? Todos me decían Profe Usted, no nos queda otra solución. El técnico dijo que dejaría los medicamentos que aún quedan, sueros y capsulas, usted ya sabe cómo tratar a los enfermos. Yo había creído que lo más difícil ya pasó, no fue así, recién empezaba.

Eran más o menos las cinco de la tarde cuando un grupo de gente se asomaba por el camino amarillento de la fila, con paso ligero se acercaban trayendo a un hombre en una camilla improvisada con dos palos y una manta, cuando ya se acercaban uno se adelantó

para decirme, profe mi hermano está grave ya no habla, ha tenido diarrea, cólicos, vómitos, calambres... se desmayó; a paso estrepitoso lo hicieron llegar bajándolo bruscamente para echarlo encima del poncho tendido en el suelo, la gente se regresó solo se quedó el hermano del enfermo, alguien tiene que acompañar para ayudar; me quedo extasiado unos segundos mirando al hombre como un cadáver, inmóvil, completamente pálido y esquelético, como el enfermo estaba tieso y no sentía se podía pinchar las veces que fuera necesario hasta hallar la vena y dejar el suero a chorro cuando vemos que el suero pasa y pasa por fin pude exhalar un respiro fuerte, si tolera el suero, se recuperará. Para antes que amanezca ya hablaba y pudo tomar la primera capsula, hasta el medio día ya tomó la segunda capsula entonces puede volver a su casa para seguir tomándolas por los dos días siguientes. Llorando el hermano del enfermo dijo antes de regresar, profe... lo salvó a mi hermano.



Como el técnico ya no estaba los enfermos empezaron a llevar a la casa, mi madre les rogaba no los traigan aquí por favor, aquí hay niños, llévenlo a la casita de la escuela ahí lo atenderá mi hijo, solo lo llaman... presurosa echaba ceniza caliente donde había restos de vomito o escupo de enfermos. A la mañana siguiente, poco antes de la entrada de los escolares aparece cargado en el mismo estado a otro hombre, era don Froilán, pero si ayer estaba sano ¡no puedo creer! Corriendo se acercaba su hijo con el sombrero en la mano diciendo... mi papá, mi papá profe, está grave. Había que acudir rápido, el procedimiento era el mismo. Al caer la tarde, cuando nos aprestábamos a descansar, el día había sido agotador, sin embargo, se escuchaba la voz a lo lejos ¡Un enfermo! ¡Otro enfermo! Señal que había que acudir en ayuda... Llegando a la casita donde se atendían a los enfermos había un caballo cerca a la puerta entretenido mordiendo el pasto que crece en la gotera del

techo, la casita estaba tan oscura que solo se podía escuchar unos quejidos, pasando la luz de la linterna de mano pude ver que había una señora tirada en el suelo no la conocía, no hablaba... jalé el poncho que había cerca a la señora para poder acostarla ahí y colocando la linterna encima de un adobe pude visualizar la vena para colocar el suero. La mujer estaba fría después de unas horas empezó hablar, yo vivo en El Corral... me encontró don Pajarito, así le llamaban al profesor del lugar, me dijo vaya al Guayo el Profe de ahí le puede curar, me ayudó a subir en el caballo y salí, en el camino demoré más de dos horas, tengo que volver, mis hijitos están solitos no saben dónde estoy. Tranquila señora, los niños están en casita, usted tiene que esperar hasta que pase por lo menos dos sueros y tome el antibiótico; viéndola consciente con el suero instalado le pedí que esperase mientras regresaba. Fui a casa, me había quedado dormido, por la mañana muy temprano voy a ver a la enferma y me di con la sorpresa de que ya no estaba, había regresado a su casa... buena señal, estaba mejor. Así pasaron los días, había que estar siempre alerta porque cualquier hora, día o noche, se oían los gritos de auxilio llamando para atender a algún enfermo pero con los cuidados de higiene recomendados y sabiendo cual era la medicina que cura los enfermos disminuyeron poco a poco... me decía a mí mismo mientras caminaba, en un monologo que solo rebota en mi cabeza, yo estudié para maestro no para atender enfermos, me siento bien atendiendo a los niños, jugando con ellos, caminando entre su bullicio pero el mismo compromiso de ser maestro no deja otra opción que servir sin recibir nada más a cambio que ver la alegría en los ojos de los niños al ver que sus familiares vuelven a la vida, aquí el maestro es el que cura, el que asesora a las rondas, el que interviene en el reparto de herencias, el que escribe la carta pidiendo la mano, el que pone la ampolla al ganado cuando se enferma, el maestro es todo y por eso es el corazón de la comunidad. Esa es la gran satisfacción.



La balsa que naufragó



La promesa del presidente se haría realidad, construirán el Puente en Puerto Ciruelo, este puente permitiría el paso del río Chinchipe entre Chuchuwasi y Ciruelo, donde Chuchuwasi estaba al lado de la carretera Jaen-San Ignacio y Ciruelo al lado del ingreso a Huarango. Ocurre que cada vez que se carga el río, en clima tropical de ceja de selva la lluvia se precipita de manera torrencial aumentando el caudal del río como no se imaginan, tanto que el agua arrastra troncos, ramas, tablas, animales... y de vez en cuando estas aguas cuando están turbias se traga a las personas, por eso no se puede pasar en la única Bala Cautiva que hay en Puerto Ciruelo cuando el río está cargado, solo se pueden cruzar los botes, en estas pequeñas maquinas manejadas por expertos en salirse del agua en un bote únicamente pueden pasar hasta unas ocho personas pero sin bultos pesados; considerando que el Distrito de Huarango es muy grande, con varios centros poblados y muchos caseríos, todos agricultores y ganaderos, abundante producción de queso, menestras y la parte baja, arroz y frutales; el café es la principal producción agrícola en todo el distrito pero si no se puede pasar el río no hay a donde vender las cosechas ni de dónde comprar lo que viene de las fabricas así que el puente era una obra esperada por años.



A Puerto Ciruelo llegan los domingos desde temprano hombres y mujeres con sus productos de todos los lugares del distrito para vender, mientras que desde Jaén y otras ciudades llegaban los comerciantes para comprar productos y ganado, La Balsa Cautiva tenía actividad todo el día, sin parar, en ella pasaban el río autos, camionetas, camiones, ganado y personas.

En este lugar es fácil encontrar gente conocida, allí concurren comerciantes, agricultores y es el paso inevitable de quienes trabajan en Huarango: maestros, policías, enfermeras... Así que esta también es parte de la vivencia de maestro porque hemos visto llorar, gritar, pedir auxilio a quienes por primera vez subían en un bote porque hay que cruzar el río que al deslizarse esta pequeña maquina siguiendo la silueta del oleaje y el golpe del agua en la madera que hace salpicar agua hasta la cara, ver pasar los troncos, ramas que arrastra el agua rosando el bote hace hormiguitar la sangre y la piel se pone como de gallina.



Cuando corría el año 2013, se había previsto la ceremonia de colocación de la primera piedra para la construcción del puente en Puerto Ciruelo, llegaría el Presidente, así que el alcalde de Huarango y el Alcalde Provincial de San Ignacio se apuraban, hay que parchar la pista, llenar el hueco de la calle, de repente va a Huarango y la carretera estaba descuidada, en fin... todas las maquinas a trabajar, iban y venían volquetes, camionetas, combis con pasajeros, autos... el río estaba cargado, son tiempos de lluvias, ya no debe pasar La Balsa Cautiva pero la situación es de urgencia, si no pasan los volquetes no hay material; eran las ocho y media de la mañana del veintisiete de mayo, cuando apenas se despejaba el cielo para ver en toda su magnitud el hermoso paisaje que forman el caudaloso río con árboles que cuelgan sus ramas a las aguas las que dejan entrar en ellas para permanecer en una interminable danza que siguen sin fin como el ruido del río iluminado por el reflejo del sol matutino que pega en las construcciones que se levantan sobre largas columnas que parecen prendidas en las entrañas del río. A pesar de las advertencias, la orden era que pasen... en la Balsa Cautiva cargaron un volquete lleno con

ocho metros cúbicos de arena, dos camionetas, una a cada lado del volquete, un auto detrás y treinta pasajeros, los dos operarios se mueven diligentes para soltar el cable que deja deslizarse la balsa hacia la corriente del Río Chinchipe con sus aguas turbias y muy cargado caudal; la balsa se desliza con normalidad pero ya a la mitad del río, puesto el ancho del caudaloso río alcanza unos ochenta metros en esta época, se empieza a sentir que la plataforma de tabla se inclina, los pasajeros miran hacia abajo y sí, era verdad, la balsa se estaba inclinando a un lado, miran a la orilla de ambos lados, estaban en la mitad, empiezan a gritar: ¡Avancen! ¡Avancen! Avancen por favor que se voltea... en la orilla la gente que miraban atónitos el avance de La Balsa, que se inclina, mientras unos gritan ¡Se hunde!, Otros tratan de dar tranquilidad: Sí pasa... ya pasó! Cuando se dan cuenta que la balsa se había roto por el exceso de peso, el pánico se apodera de la gente que está en la balsa y a medida que sube el agua iban arrastrando los pies al otro extremo de la plataforma agarrándose de las ventanas de los carros... en la orilla del río en el lado de Ciruelo la gente se desesperó por lo que estaba ocurriendo y empezaron a gritar pidiendo auxilio, ¡Sálvenlo! ¡Sálvenlo! ¡Sálvenlo!



La camioneta del extremo derecho cayó al agua un hombre se aferraba al timón del vehículo con el cuerpo colgado al agua, la camioneta se deslizaba lentamente con la fuerza de la corriente unos segundos, de repente jira inclinando la cabina hacia abajo poniéndose verticalmente para perderse con el conductor que no se desprendió, el pánico se apoderó de todos, se vio personas tirarse de la balsa al río fue entonces que los boteros se dan cuenta de la gravedad del accidente y presurosos arrancaron motores para salir disparados dibujando surcos en el agua para salvar de la muerte a las personas que caían de La Balsa; mientras tanto la balsa más inclinada dejó deslizar el volquete que se hundió al instante

por el enorme peso que llevaba, más demoró en calmar el oleaje que produjo al sumergirse en las turbias aguas que no permitían ver nada dentro de ellas, a la otra camioneta se la vio flotar por algunos minutos mientras el agua seguía su cauce hasta que la corriente hacia una pequeña curva que provocó que la camioneta se inclinara y poco a poco se fue desapareciendo entre las aguas, el auto también se hundió, los boteros lograron salvar a veintiocho pasajeros incluyendo el conductor de la camioneta que no quería desprenderse, dos pasajeros que se tiraron de la Balsa Cautiva alcanzaron la orilla nadando; la Balsa Cautiva solo se ve un extremo, estaba casi totalmente hundida en las turbias aguas.



No hubieron muertos esta vez, pero si la triste situación de ver la muerte muy cerca para todos los que estuvieron en la Balsa y la angustia desesperante para quienes miraban desde la orilla impotentes ante la torpeza de no tener en cuenta lo que no se debe hacer cuando el río está cargado y turbulento.



La llorona



Hace algún tiempo, es decir muchos años, cuando las carreteras no llegaban por estos lugares de superficie quebrada caminos escabrosos y laderas llenas de vegetación, con muchos misterios que nadie puede explicar. Tiempos en que la leyenda contaba que de vez en cuando escuchan salir a la llorona por las noches, aunque muy pocos podían verla decían que era una mujer vestida de negro que caminaba agachada llorando en voz alta pero no dejaba rastro por donde caminaba y a la que todos temían porque afirman que cada vez que sale alguien muere repentinamente.

Por aquellos tiempos vivía una pobre señora que a su edad tenía solo un hijo al que amaba y protegía por sobre todas las cosas porque sabía que ya no podrá tener otro. Una tarde de mucho calor al pequeño Ramiro, que así se llamaba el niño, su madre le pidió que vaya traer hierba para dar de comer a los cuyes de la orilla de la quebrada, tendría que ir hasta allá porque ahí se encontraba la mejor hierba que crece con la humedad del agua de la quebrada en estos tiempos de sequía.

El niño, como siempre, muy obediente se dispuso a tomar la hoz, se puso su sombrero y se encamino sin antes despedirse de su madre asegurando que no se tardaría, ella siguió haciendo las tareas del hogar, pero las horas pasaron rápidamente cuando empezó a caer la tarde la madre se preocupó mucho porque su pequeño hijo no regresaba, a medida que transcurría el tiempo su preocupación crecía, a pesar de que ya había oscurecido decidió seguir a su hijo hasta el lugar donde ella creía se encontraba. Jaló su bayeta, envolvió su cabeza y cuerpo, y salió a paso ligero y por trechos corriendo ya cerca empezó a llamarlo en voz alta, ¡Ramirooooo! Ramiritoooooooo! Hijitoooooooo! Buscó y buscó, pero al no encontrarlo se angustió, lloró, lloró tanto que sus lágrimas se mezclaron con las frías y cristalinas aguas de la quebrada. A pesar de que llamó gritando el nombre de su hijo a todo pulmón, nadie respondía, parecía que el ruido del agua de la quebrada silenciaba su voz, no tuvo ninguna respuesta.

Eran casi media noche y no encontraba a su pequeño, desesperada y cada vez más angustiada caminando por la orilla de la quebrada, el monótono sonido del agua en la oscuridad de la noche que, como presago de algo terrible, la nube cubría el cielo, no se veía ni una estrella ni nadie pasó por aquel camino. El recuerdo de que la noche anterior

escucharon los lastimeros gemidos de la llorona muy cerca de su casa le hace presagiar que algo malo le está pasando a su hijo, se desesperó, el pecho se le pone duro y una infinidad de cosas se cruzan por su mente, muy fugaz los recuerdos de su hijo con su rostro sonriendo, de la voz suave que le habló al despedirse antes de salir, de cuando iban a la chacra juntos, de las noches de parla alumbrados por una lamparita de querosene en el calor de su casita; cuando de pronto a la orilla del agua se topa con el llanquecito que estaba encima de las piedras, una luz de esperanza lo anima, diciéndose a sí misma, quizás se tropezó, se habrá caído, estará por aquí golpeado sin poder caminar... siguió llamando con más desesperación, recogió presurosa el llanque, lo revisó y sí era el de Ramiro, siguió caminando sigilosa aunque era muy poco lo que se podía ver. Pasó mucho tiempo llamando y llorando a su hijo, en un momento en que se había detenido y pestañeó unos segundos oyó que una voz muy recia le hablaba desde el fondo de la laguna y le decía que su hijo ya no le pertenecía más, pues él ya vivía en el fondo de la laguna y no regresaría jamás.



A la mañana siguiente la señora fue encontrada muerta a orilla de una laguna formada en la quebrada con el llanquecito de su hijo al que abrazaba fuertemente entre sus brazos. Los que encontraron a la desafortunada madre cuentan que habría botado sangre por la boca, por sus oídos y nariz. De Ramiro nunca nadie volvió a saber más.

Desde entonces los lugareños cuentan que el espíritu de la madre sale después de la media noche tapada con su bayeta negra, con una falda larga muy oscura, su rostro refleja dolor y tristeza, llora en voz alta desesperada ¡Hay mi hijito! ¡Dónde estás hijo! Por esta razón hay que tener mucho cuidado con nuestros niños porque si la llorona, que con ese nombre lo han bautizado, lo encuentra le medirá en el pie el llanque y si le queda se lo llevará con ella porque creará que es su amado hijo Ramiro.